

«Me dije que el sexo, lejos de ser una mera operación biológica, era el único puerto de acceso a una vida normal. Y que las relaciones sexuales daban derecho a tocarse, a fundirse con otros cuerpos; mientras que, en las temporadas sin amor, el hombre no era más que un frío cuerpo celeste, vagando solitario por el espacio vacío...».

*El hombre sin amor* es la antología de los más importantes relatos de Eduard Limónov, preparada solo unas semanas antes de su muerte. Estos ocho fragmentos de vida corresponden a un periodo muy concreto de la biografía de su autor y conforman algo parecido a una novela del desamor, o mejor, del desencuentro con el amor, mientras que el astro solitario que puebla sus páginas sería el héroe lírico que bascula día a día entre el éxito y la indigencia, entre el estupor y la venganza, entre la euforia de la carne y la sed de supervivencia.

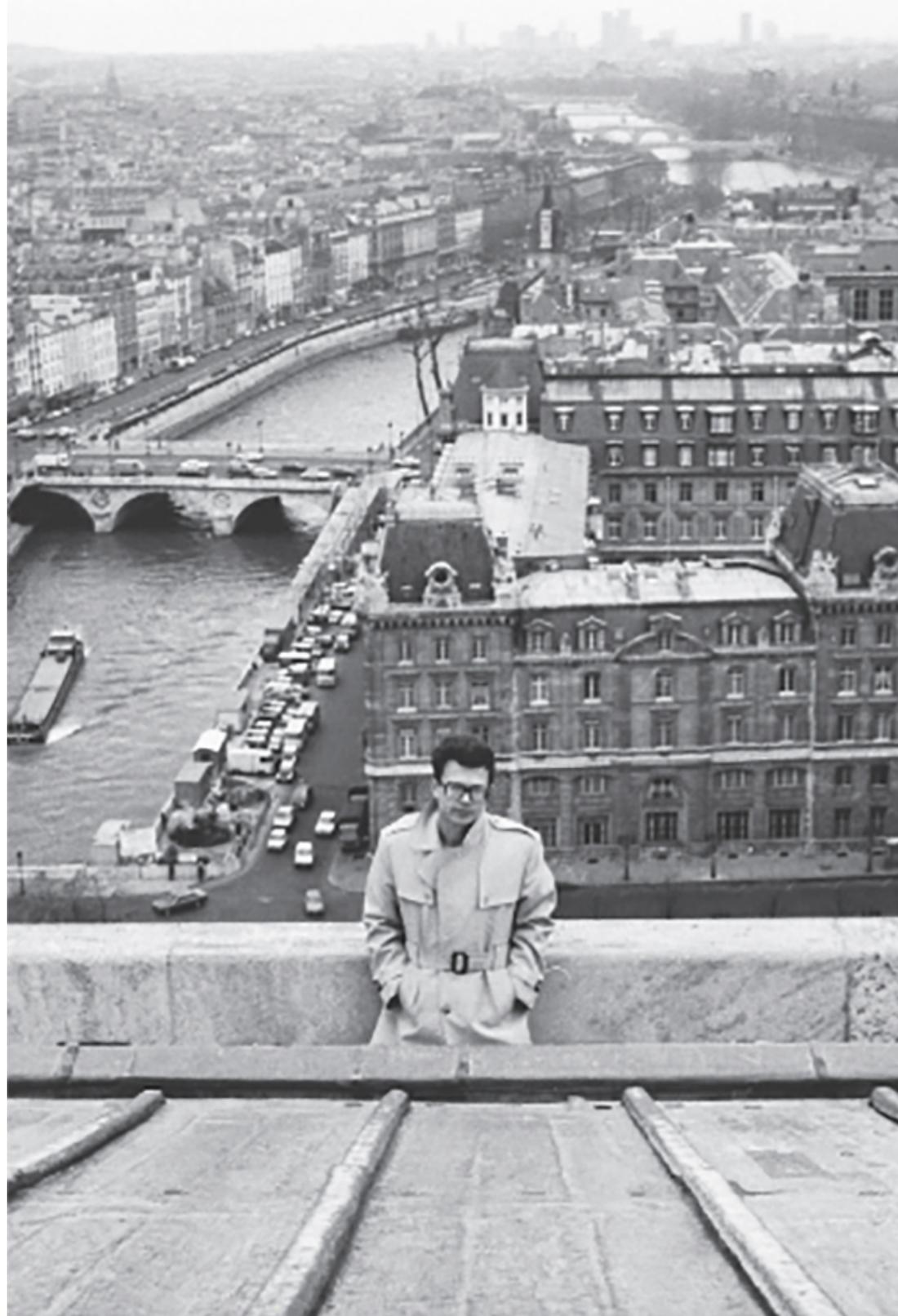
«Un personaje poliédrico y complejo». —LA VANGUARDIA

«Un animal político exótico, era el más escandaloso de los escritores rusos vivos y uno de los más grandes novelistas de la Rusia contemporánea». —EL MUNDO

«Limónov no es un personaje de ficción. Existe y yo lo conozco».

—Emmanuel Carrère







Eduard Limónov

*El hombre sin amor*

SEGUIDO DEL ENSAYO

*Corpus L.,*

DE TANIA MIKHELSON

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

TANIA MIKHELSON

Y ALFONSO MARTÍNEZ GALILEA

FULGENCIO PIMENTEL

*La principal*

© 2020 Herederos de Eduard Limónov  
© 2020 Tania Mikhelson y Alfonso Martínez Galilea por la traducción original  
© 2020 Tania Mikhelson por el apéndice  
© 1983 Gérard Gastaud por el retrato del autor y la imagen de cubierta  
© 2020 Fulgencio Pimentel en español para todo el mundo

[www.fulgenciopimentel.com](http://www.fulgenciopimentel.com)

ISBN de la edición en papel: 978-84-17617-16-5

ISBN de la edición digital: 978-84-17617-61-5

Primera edición: agosto de 2020

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G<sup>a</sup> Marcos

Diseño de cubierta: César Sánchez

Comunicación: Isabel Bellido

[prensa@fulgenciopimentel.com](mailto:prensa@fulgenciopimentel.com)

## Índice

[Vacaciones americanas](#)

[El doble](#)

[Vida privada](#)

[The night souper](#)

[La belleza que inspiró a un poeta](#)

[Coca-Cola generation and unemployed leader](#)

[Gran madre del amor](#)

[El Día de la Madre](#)

[\*Corpus L. por Tania Mikhelson\*](#)

#### NOTA A LA EDICIÓN

Todos los textos recogidos en este libro fueron escritos en París entre 1985 y 1992, y publicados a partir de 1985 en distintas revistas y antologías. No existe un canon ordenado de la narrativa breve de Eduard Limónov que pueda servirnos como referente para datar dichas publicaciones, pero es importante mencionar sus colaboraciones en revistas como *Playboy* y *Rolling Stone* (ambas en edición francesa), así como las colecciones de relatos *Écrivain international* (Le Dilettante. París, 1987), *Des Incidents ordinaires* (Éditions Ramsay. París, 1988), *Коньяк «Наполеон»* (*Coñac Napoleón*. M. Michelson. Tel Aviv, 1990), *Великая мать любви* (*Gran madre del amor*. M. Michelson. Tel Aviv, 1994) y *Американские каникулы / Обыкновенные инциденты* (*Vacaciones americanas / Incidentes ordinarios*. Amipress. Moscú, 1999).

## Vacaciones americanas

Aparentemente, es imposible pasar por la vida sin ir dejando heridos por el camino. Yo, en mis tiempos, dejé bastantes. He tenido que aguantar a unos cuantos «modelos» cabreados, es decir, a individuos que me sirvieron como prototipos para personajes de mis libros y que están convencidos de que lo único que hice fue «denigrarlos», o bien de que ellos no tienen «nada que ver» con los susodichos personajes. Los unos amenazan con matarme; los otros, con llevarme a los tribunales; los más templados amenazan simplemente con darle una paliza al «escritor ese».

También un cierto número de mujeres se han declarado víctimas de mis agravios. En toda mi vida, solo una mujer ha llegado a herirme gravemente, aunque haya habido varias que me han causado daños menores. Por mi parte, he hecho lo mismo con todo un batallón de mujeres. Y es muy probable que lo haga aún con otro batallón.

Hoy mismo he recibido una carta sellada en un pueblo de California. Una escueta respuesta a mi postal de Navidad. En apenas diez líneas llenas de resentimiento pude leer esto:

«Me explicó Catrine que si no escribías era para no darme “falsas esperanzas”. No te preocupes, tú no me inspiras esperanza ninguna. Y, para que te vayas enterando, me siento muy, muy feliz últimamente. Mucho más de lo que me he sentido en años».

«Vamos, nena... Tranquila... —pensé—. Seamos serios. ¿Te he hecho yo algún mal? ¿Te he robado algo? Vale, eres feliz. Me alegro mucho. Yo, por mi parte, sigo tan infeliz como de costumbre...».

Fui a dar en aquel pueblo de la costa californiana por pura casualidad. Había estado allí, también casualmente, y solo unas pocas horas, en 1978; y, en 1980, otra coincidencia hizo que me viera obligado a dormir un par de noches en el lugar. No es improbable que alguien tuviera todo esto programado en una gigantesca computadora, junto con los esbozos del elefante y la ballena, que mi propia secuencia genética se encontrase programada allí, y que también lo estuviese mi destino, con una relación de las personas que habría de conocer un día y de los pueblos y ciudades que me tocaría visitar.

Acababa de tomar parte en un congreso internacional de literatura en Los Ángeles, perdiendo de vista luego (confieso que muy a mi pesar) lo mismo el hotel Hilton que a los profesores y a las *groupies*. Y, puesto que tenía dinero, todo el verano por delante y nada mejor que hacer, me fui al norte en el coche de dos amigos escritores.

Era una espléndida mañana de mayo, California derrochaba sol y un viento salvaje entraba por la ventanilla abierta del coche, alborotando incluso mi corte de pelo militar. Mi vida se hallaba en su apogeo. En aquel coche fumé por última vez, y luego tiré la colilla por la ventana, algo estrictamente prohibido en California, que es tierra de incendios. La multa podía llegar a los quinientos dólares. Dejé de fumar porque derrochaba vitalidad. Aquel mediodía de mayo me sentía henchido de felicidad. Y nunca, desde aquel día, he vuelto a fumar.

Si no recuerdo mal, tardamos alrededor de siete horas en llegar al pueblo. Ya era de noche, porque habíamos parado un par de horas para comer en un restaurante alemán. Algunos minutos después de haber abandonado la *highway* número cinco, dimos un giro en un desvío, y las luces del vehículo iluminaron fugazmente a un grupo de elegantes y atemorizados ciervos, inmóviles en la oscuridad frente a la valla verde de una casa...

Uno de aquellos dos escritores llevaba seis meses en el pueblo pero, como los tres habríamos estado francamente apretados en su piso de alquiler, nos limitamos a tomar unas copas y subimos de nuevo al coche. Yo pernoctaría en casa de una amiga suya.

Encuentro normal, amables lectores, que todos estos desplazamientos y realojos puedan resultarles tediosos; habrán leído cientos de páginas en las que, lo mismo el autor que los personajes, se dedican principalmente a recorrer California en coche. Por eso me limitaré a contarles lo fundamental, la esencia de lo acontecido, lo que me ha llevado a introducir papel en la máquina de escribir. A saber, mi encuentro con Julie, una muchacha americana de veintiséis años, de ancestros suecos y alemanes. Frutos de aquel encuentro fueron los dos meses que pasé en el pueblo y la experiencia, radicalmente nueva para mí, de convivir con una mujer «honorable», de comportamiento impecable, equilibrada, y religiosa —en aquella casa había tres Biblias (¡sic!)—; experiencia que acabaría por convertirme en alguien un poquito más triste de lo que ya era.

Alta, de hermosas y limpias facciones, con un pelo rubio oscuro que le llegaba a la cintura, Julie vino a mi encuentro salida de la noche, de la selva, más exactamente, con un vestido ligero y floreado, sin mangas, y fue así como entró en mi vida; y, en cuanto empezó a aburrirme, una gélida mañana de finales de julio, la abandoné. Me marché, pateando el suelo de hormigón del pequeño aeródromo local, y ella se quedó en la entrada, lanzando besos al aire. Con cara de desconcierto.

Los humanos, en tanto que seres vivos, solo disfrutamos de posesiones precarias. En ocasiones, únicamente su duración puede diferenciar dos relaciones o dos encuentros. Hay caras que nos acompañan a lo largo de toda la vida y otras que brillan un solo instante; una noche, una semana, un año. Caras que tememos dejar escapar y

otras de las que nos desembarazamos con alivio. En cualquier caso, siempre que la analizo retrospectivamente, me veo obligado a concluir que la vida es un pésimo negocio. Irrumpí en su mundo recién salido de la noche, con mi enorme y ostentosa maleta europea, mi máquina de escribir y una bolsa repleta de manuscritos. Sin pedir permiso a la dueña como es debido, me acomodé para dormir en el sofá del *living room*, y pasé seis noches solo en aquel sofá. Porque fueron seis exactamente las noches de 1981 que necesité para acabar con los remilgos de aquella luterana. La séptima noche me introduje en su dormitorio. Seis noches hube de emplear en conquistar la fortaleza que tenía entre las piernas aquella honesta mujer, queridos lectores. No sabría decir si es poco o mucho. Nunca me he tenido por un Casanova, y la chica, de la que acabé siendo huésped, me gustaba de verdad. Sería injusto decir que la engañé a propósito, que fingí estar enamorado de ella. Fui a los Estados Unidos, después de un complicado invierno en París, con varios períodos hundido en la depresión, firmemente resuelto a encontrar una compañera estable. Y Julie, una profesora que, en torno a febrero, había conseguido escapar del alcohólico al que se había tirado dos años intentado redimir, me venía al pelo. A finales de julio, seguiría teniéndola por la compañera ideal. Aunque yo no me tuviese ya por nada parecido.

Durante aquellos seis días, mi comportamiento fue ejemplar. Más que ejemplar: fui el hombre perfecto. Era llano, divertido y contagiosamente alegre. Le insistía en que a la hora de su *lunch break* fuésemos a comer a algún restaurante recién inaugurado. También solíamos cenar en restaurantes, y, aunque a veces Julie me aconsejaba, ruborizándose, que no gastase tanto dinero, continué socavando, sin prisas, la voluntad de aquella protestante tan austera. Enérgico, parlanchín, sociable, con la piel bronceada, americana y zapatos blancos, con las artimañas

propias del clásico «pieza de París», como solían decir los literatos rusos de antaño.

De pronto, el peligroso escritor, el europeo tunante y sinvergüenza, el buscón de las aceras parisinas, cambió de rumbo y se transformó, como por encantamiento, en un buen vecino, en el amigo perfecto con el que beber una cerveza en los escalones del porche, o con el que charlar junto a los setos que separan las casas lo mismo en California que en Wisconsin. Simplemente traté de comportarme de la forma más llana y campechana posible. Al tercer día de vida en común, mientras se ataba los cordones de las zapatillas, Julie me comentó que iba a correr; me preparé al instante para acompañarla, aunque no había corrido en mi vida. (Sin mencionar que, en abril, en París, me habían practicado una angioplastia en la pierna derecha. De hecho, la otra tampoco estaba del todo en su sitio, y aun ahora tengo la rótula izquierda desplazada). Estuve corriendo a su lado, vigoroso y alegre, varias millas, por una hermosa ruta a orillas del océano. Supe luego que, sin mí, Julie solía trotar mucho más despacio.

Completamente empapados, dimos por terminada la carrera frente a una bomba de agua pintada de un venenoso amarillo, y, al observar el gesto de mi nueva compañera, comprendí que no habría podido escoger una táctica más acertada. Mis acciones acababan de subir varios puntos. El literato parisino había demostrado ser un hombre de verdad, y no un pederasta caprichoso. En un momento dado, Julie me agarró la mano con gesto amigable. Y así nos dirigimos a casa, cogidos de la mano, alegres, charlando y jadeando. Sin dejar ella de mirarme, mientras avanzábamos entre pinos y dunas, con una mirada llena de respeto, de cariño y de sorpresa.

Por primera vez en mi vida, tenía dinero para todo el verano. Había vendido el *Diario del perdedor* a la editorial Albin Michel y podía permitirme gastar mil francos a la

semana. Al alborotador internacional recién ascendido a novelista que era yo, un éxito como aquel le producía vértigo. El burócrata que se embolsa cien mil dólares al año sin mover ni poco ni mucho el culo sería incapaz de comprender el regocijo que me embargaba aquel verano.

Al quinto día, mi amigo escritor y su mujer me llevaron a ver un piso. Decidí quedarme en ese pueblo apacible de militares retirados y de antiguos empresarios y viudas de antiguos empresarios, de pinos y enebros, con sus focas protegidas en el océano y sus ciervos por las calles, con suntuosos arbustos mejicanos salpicados de flores gigantescas y con aquellos entrañables híbridos de marmota y ardilla que habían agujereado la costa entera con sus madrigueras. Me gustaba la idea de pasar un tiempo en aquel pueblo, de ir todos los días a la orilla del océano para tumbarme entre las rocas o para extraer cangrejos de sus grietas, imitando una infancia ajena.

El piso que me habían buscado como residencia estaba exactamente debajo de la azotea, razón por la cual, como es natural, hacía un calor insoportable, aunque la dueña lo atribuía al hecho de que el inquilino anterior había olvidado apagar la calefacción. Por añadidura, exigía que le pagase dos meses por adelantado, más una fianza a cuenta de los posibles daños que pudiera causar en la vivienda. Ni la cifra a la que hacía referencia la dueña ni la temperatura del apartamento se correspondían con mis expectativas. Me tomé un vino con mis amigos, una pareja feliz y amante de la vida saludable; ellos se fueron a jugar al tenis y yo regresé a mi asilo provisional.

Mi profesora todavía no había vuelto de la escuela. Como no tenía nada que hacer, venciendo mis naturales escrúpulos, me puse a leer una de las Biblias. Entre los personajes de las Escrituras, como pueden suponer, los que más poderosamente me llamaban la atención eran las ramera. Me zambullí en la historia de María Magdalena. Y así me encontró Julie al volver a casa, leyendo la Biblia.

Tengo la sospecha de que este segundo asalto resultó decisivo para quebrantar su continencia. Le hice creer que aún quedaban esperanzas de redención para mí. ¿Qué tarea más noble puede existir que redimir un alma? Y más todavía la de un pecador tan empedernido como yo. Al día siguiente, Julie me arregló la cadenita con una cruz que llevaba cinco años viajando inútilmente conmigo en la maleta, y la cruz fue restaurada en su legítimo lugar, sobre mi pecho.

Había olvidado contarles que, naturalmente, la primera noche que pasé en su casa ya le propuse hacer el amor. Ella se asustó, yo me mostré comprensivo y preferí no insistir. Julie, a su vez, se mostró muy comprensiva también y, como en aquel período parece que se sentía muy sola, intentó justificarse, desorientada, aludiendo a que apenas me conocía; imagino que lo hizo para que yo no perdiera del todo la esperanza. Y para no perderla ella tampoco. Quién sabe, se diría, puede que este individuo no sea tan horrible como dicen. Por supuesto, aquella noche me disculpé y le expliqué que la mala vida y las malas compañías me habían empujado a la abominable práctica de invitar a las chicas a la cama nada más conocerlas, cuando, en el fondo, era buena persona.

Pasé aquellos seis días, literalmente, en una actitud de absoluta entrega. Orientando cada movimiento que hice y cada palabra que pronuncié a la conquista del corazón y del resto del cuerpo de mi honorable anfitriona.

Me pasaba el día bebiendo. Empezaba por la mañana, pero la benéfica tierra californiana enseguida conseguía que todo lo ingerido cristalizase en una espléndida sensación de vitalidad. Y de excitación sexual. Después de la grisura y las complejidades de París, de sus mujeres adustas de labios estilizados, de sus museos, de sus monumentos y sus malencaradas estatuas, de su inclemente invierno, California me arrojó a la cara ramilletes de flores salvajes e intensos aromas. Todos los

días, al pasar frente al cementerio camino de la playa, veía aparcado allí un buldócer amarillo, pequeño, casi de andar por casa, con el que los vecinos excavaban las moradas de sus difuntos. «*Memento mori*, Limónov, y no pierdas el tiempo mientras te quede vida»: así sonaba la prédica del buldócer. A juzgar por las necrológicas en el diario local, la máquina era poco utilizada, y trabajaba sin demasiados agobios. Calculé que la edad promedio de los muertos del pueblo rondaba los ochenta y seis años. Sobre el buldócer solían posarse unas corpulentas y llamativas mariposas...

Al sexto día empecé a sentirme deprimido. Un resultado lógico, a fin de cuentas. Llevaba tres semanas dándole a la botella en territorio americano. El síndrome de la depresión alcohólica estaba al caer. Lo presentía y me acojonaba, porque en recaídas anteriores me había pasado días enteros llorando. Cuando empezaba a anochecer, llevé a Julie a un restaurante fino, a orillas del océano. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, con tal de detener el avance de la depresión, adoptar un ritmo distinto, cambiar el paso para no venirme abajo como el puente aquel que se puso a temblar bajo la marcha acompasada de una compañía de soldados. «¡Rompan la formación! —me ordené a mí mismo—. A ver cómo salimos de esta».

Julie se había puesto un vestido negro sin mangas y unos zapatos negros de tacón alto y llevaba el pelo recogido en un voluminoso moño. Juro por Dios que estaba guapísima, que parecía una actriz de cine, del tipo de Ingrid Bergman de joven. Su aspecto aún conservaba rasgos provincianos; la chaqueta oscura de profesora, por ejemplo, con la que se cubrió los hombros (las noches de mayo solían ser bastante frescas en aquellos parajes de California), o sus gestos, exageradamente tímidos. Aunque quitarse la chaqueta no es nada difícil, y tampoco lo es templar los gestos.

En aquel restaurante, Julie era la mejor. No sabría decir si yo también era el mejor, pero era, en cualquier caso, el más civilizado. En el bar, yo con mi J&B doble, ella con su

Martini, me sentía como James Dean, y cuando nos llevaron a una mesa junto a la ventana que daba al océano, cuya oscuridad iluminaba una gigantesca luna, me sentí algo más anticuado, una especie de Humphrey Bogart. La cena, la noche posterior y la mañana siguiente, todo tuvo un sesgo cinematográfico, y me fue imposible dejar de pensar que Julie y yo parecíamos los protagonistas de una película romántica.

Todos los atributos del cine estaban a la vista. Un océano liso y apacible ocupaba el telón de fondo —un océano del más alto rango, brillante bajo la luna de mayo—. Y, en un plano más corto, una mesa con un mantel blanco como la nieve y un florero de cristal de roca con una rosa en su interior. No una de esas frágiles rosas urbanas, no. Era evidente que aquella robusta rosa tenía que haber salido del jardín de alguno de los camareros, del propio gerente quizá, un tipo muy robusto también, y que acababan de cortarla, igual que las otras que había repartidas por las mesas. Se les veía muy capaces. Desde el primer momento percibí que se trataba de un personal serio y escrupuloso con el oficio. A cada lado de la mesa, Julie y yo, sentados de perfil ante la cámara con el océano de fondo. Los dos con un aire tan imponente como natural.

Me entristece, queridos lectores, que la gente, lo mismo hombres que mujeres, no sepa disfrutar plenamente de cada momento de la vida y de la hermosura y el goce que anidan en cada instante.

Aquella noche yo la necesitaba igual que ella me necesitaba a mí, sin que eso guardara relación alguna con nuestro futuro ni con lo que sentíamos el uno por el otro. Tal vez sea igual de agradable y placentero pasar una noche californiana en el restaurante más caro del pueblo en compañía de un asesino que acaba de destripar a una decena de mujeres y niños, y que, tras haberse duchado y cambiado de ropa, ha salido de nuevo a la calle a altas horas de la tarde, a beber *champagne* en un restaurante

con la copa permanentemente a rebosar y con la botella al lado, en su cubitera cromada y repleta de hielo, sobre la mesita auxiliar. Así, no es imposible disfrutar de una cena con un maníaco, a condición de que todos los detalles de la noche se ajusten como las teselas de un mosaico y den forma a una imagen completa.

Para que todo encajase en aquel delicado y cinematográfico marco, pedí champán francés. También porque me apetecía seguirles la corriente a la rosa y al océano. ¿Que si hablamos de algo en especial? Por supuesto que sí. Con una risita pudorosa, Julie me advirtió de que, tras del champán y el Martini que se había tomado antes, acabaría muy borracha. Me aseguró que se emborrachaba siempre que bebía champán.

Le conté cosas de mi plebeya mocedad, jactándome de la gran cantidad de vodka que había consumido. Me puse algo fatuo, pero los dos entendíamos que aquella era la manera indicada de hablar en mi situación, en mi papel de escritor surgido de los bajos fondos, del lodazal humano. Yo sabía perfectamente que, para un escritor, proceder del vulgo es un tema tan trillado como el de pertenecer a la élite, pero ¿qué le iba a hacer? Los periodistas y los editores, e incluso los lectores, se empeñan en que todo escritor debe tener una biografía. Si por mí fuera, habría preferido no tener ninguna, o tener media docena de biografías a elegir. Es muy fácil manipular los hechos, y un lote de seis vidas puede contener mucha más verdad que una sola biografía.

Julie escuchaba con gesto empático y comprensivo. De pronto, me interrumpió. Me dijo que se sentía muy agradecida por aquella noche. Le contesté con absoluta sinceridad que también le estaba muy agradecido. Ya he dicho que cenábamos fuera cada noche, pero ninguna había sido tan nítida, tan maravillosa, tan cinematográfica. Tal vez mi propio nerviosismo había ayudado, mi temor a la depresión alcohólica; en todo caso, interpretamos aquel fragmento de vida con inteligencia, como dos buenos

profesionales, perfectamente conscientes de nuestro talento artístico y felices de esgrimirlo para la ocasión.

Todo lo que siguió después fueron detalles primorosos, como las dos mitades del limón servidas en redecillas para que resultase cómodo exprimirlas y salpicar con el zumo los filetes de salmón. No sé por qué sentí tan intenso placer al clavar el tenedor en la redecilla. Puede que en parte se debiera a mi conocimiento de cómo lidiar con ello. Se lo debía a mi educación parisina y a las docenas de ostras consumidas en compañía de unas cuantas damas de la alta sociedad.

Al champán le siguió el coñac, también francés. Julie, grande, graciosa, se dedicaba a mirarme, y sus ojos brillaban con expresión devota. Sonreía, ruborizándose como una chiquilla, mientras me contaba cosas de su padre y de su exmarido alcohólico, otro de la misma calaña que su padre. Los episodios amargos de su vida ahora la hacían reír.

Enlazando una escena con la siguiente, me acerqué a otra mesa, de cuyo florero sobresalía un clavel en lugar de una rosa. Lo tomé y lo introduje en el ojal de mi solapa. Nos abrazamos en los escalones de la entrada y, sin decir palabra, echamos a andar los dos a un tiempo hacia el muelle vacío, donde, en los días de buen tiempo, solía amarrar alguna embarcación de recreo. El muelle estaba asfaltado, el asfalto brillaba a la luz de la luna y desde el restaurante, a esas horas ya oficialmente cerrado, se dejaron oír las primeras notas de un vals. Sin decir palabra, enlazamos nuestras manos y nos pusimos a bailar. ¡Son tan contadas las oportunidades que nos ofrece la vida! Podíamos ignorar aquel vals hermoso y algo triste o, en caso contrario, bailar. Y nosotros bailamos, y parecía que estábamos bailando en una pantalla de cine, y eso no me privaba de una gota de placer; al contrario, lo hacía más intenso. Bailamos y, luego, en el mismo muelle, nos

empezamos a besar. Inexplicablemente, no me olvidé ni por un instante del clavel que llevaba en la solapa.

Después fuimos a casa. El interior del coche estaba frío. De camino, paramos en una zona desierta al borde del océano; las olas estallaban contra las rocas, y volvimos a besarnos, como dos adolescentes americanos. Dos semanas más tarde me tiraría a mi amiga en aquel mismo coche, como lo habrían hecho esos mismos adolescentes. Pero no adelantemos acontecimientos.

Ya en casa, el ambiente de todos los días nos devolvió momentáneamente la seriedad. Y, para no echar a perder aquella noche desdibujada y ebria, pretexté que nos sentaría muy bien un traguito de ponche de ron y preparé dos copas muy amargas y bastante cargadas. Nos las bebimos en el balcón; aunque ligeramente desplazada, la luna era la misma; cantaban las cigarras. Con aire de preocupación dije a Julie que debería irse a dormir inmediatamente.

Por supuesto, era una manera de provocarla. No tenía intención de frenar su galope hacia ese destino al que una mujer corriente suele llegar la primera noche. Pero, incluso a riesgo de sobreactuar, no pude resistir la tentación de torturarla un poco, de vengarme, de ponerla en una situación complicada. Le di un casto beso y observé que eran ya las dos de la madrugada y que a la mañana siguiente tenía que levantarse a las siete. Y que, si no se acostaba, no dormiría lo suficiente.

Desconcertada, mi amiga observó cómo, decidido y diligente, retiraba los cojines del sofá en el que me disponía a pasar la noche, como si de repente nuestra relación hubiera vuelto por sus fueros. Se metió al dormitorio, donde pasó unos cinco minutos, maldiciendo, seguramente, por haberse mostrado tan arisca, tan inexpugnable. Tras aquella noche de romanticismo, de música y de placeres, volver a la normalidad se le hacía muy cuesta arriba...

Cohibida, volvió al salón y dijo: «Edward, no debes seguir durmiendo aquí... Ven a dormir conmigo...».

Y nos sumergimos de nuevo en aquel mundo maravilloso que habíamos abandonado a causa de mis tejemanejes apenas diez minutos antes. Incluso tuve la jeta de preguntarle si estaba segura de que aquello no sería un error.

Yo era un auténtico experto, mientras que su falta de competencia se hizo evidente enseguida. No pretendo pasar por perfecto, y puede que ella estuviese ponderando en paralelo mis escasos defectos en la cama. Pero me parece dudoso. Julie estaba subdesarrollada sensualmente, bien por lo exiguo de su historial amoroso, bien por su educación luterana. Sus movimientos eran a menudo caóticos y no se ajustaban a la rigurosísima disciplina de la pasión. El *connaisseur* del sexo, por explicarlo de alguna manera, sabe siempre a dónde va dirigido cada movimiento que ejecuta y para qué sirve. Sé, por ejemplo, que si yo de repente le saco la polla del coño para colocarla encima, lo hago porque me apetece sentirlo por fuera, no en el interior, y mi amante no debe ponerse nerviosa e intentar hacer regresar mi polla al sitio donde yo mismo la habría devuelto prontamente. Se asustaba cuando le introducía, con mucho cuidado, el dedo en el orificio contiguo. Me apetecía disfrutar como un animal copulando con otro animal y, a ser posible, de la manera más sucia. De ahí que le metiese el dedo en aquel templo de la suciedad. Otra vez, en lugar del dedo intenté meterle el pene, y Julie se tiró las veinticuatro horas siguientes sin dirigirme la palabra. Al parecer, las tres Biblias que había en la casa coincidían en señalar que aquello era pecado. No le dije que algunas mujeres me habían pedido pecar con ellas exactamente así y me limité a observar que nada puede ser pecado entre un hombre y una mujer cuando se aman.

Desgraciadamente, solo me animaba el anticuado entusiasmo por someter a otra mujer. El entusiasmo me

duró hasta la mañana siguiente, e incluso determinó a Julie a faltar a su deber y a la verdad, obligándola a telefonar a su escuela para comunicar que se encontraba indispuesta. Mintió bajo los efectos de mi entusiasmo, y eso la hizo sentirse muy culpable. Cantaban los pájaros, Julie descansaba, feliz, en mis brazos, y mientras acariciaba sus pechos suecos, grandes y apacibles, me decía que, por fin, tras de tantos devaneos, me había hecho con una amiga de verdad, vigorosa, fuerte y fiel, del todo diferente a las entidades neurasténicas de París y de Nueva York con las que me había relacionado hasta entonces. «Si no deja que se la meta por algún sitio, poco importa», pensaba sin cinismo alguno, simplemente para dar satisfacción a lo depravado de mi naturaleza, fruto de tanto inútil vagabundeo. Al fin y al cabo, no buscaba una amante, sino una compañera. Julie me contó con timidez que siempre había soñado con tirarse toda la noche con un hombre sin pegar ojo, pero que era la primera vez que le pasaba. Y, ruborizándose, me confesó que nunca se había sentido así, como una mujer, y no como una niña o como una madre, que era lo que había llegado a ser para su alcohólico exmarido... Sus elogios me devolvieron la inspiración y le ofrendé un día entero en la cama que, casi con seguridad, no olvidaría jamás.

Así comenzamos a vivir.

Nunca la seduje, como, según parece, juzga ella ahora. Más allá de mis críticas de *connaisseur*, disfrutaba con ella, en cierto sentido. No me refiero al disfrute sexual. Por desgracia, pasadas dos semanas, el disfrute se transformó en una obligación que cumplía sin ganas, con la ayuda de una potente marihuana sinsemilla. Me la vendió un jipi viejo y melenudo, amigo de Julie; fue la propia Julie quien me llevó a su casa. ¡Y, aunque les parezca mentira, Julie nunca la había probado! De no haberla conocido, no habría podido creer que aún quedara una chica en California que no hubiese sostenido un porro entre los labios al menos una